



## Demasiado

Fernando Butazzoni

*Hay demasiada gente en demasiado poco espacio, y hay demasiado espacio con demasiada poca gente. La vieja máxima que aseguraba: “lo que abunda no daña”, resulta casi un chiste en esta época en la que todo tiende a desbordarse. Enormes extensiones de territorio fértil están vacías, al tiempo que las personas se apiñan, feroces, en ciudades que crecen fuera de toda medida humana, con demasiado tránsito, demasiada violencia y demasiada competencia para sobrevivir.*

Vivimos en un mundo en el que la propensión al exceso parece ser la brújula que guía los pasos de una Humanidad que, sin embargo, no para de mostrar signos de agotamiento. Hay demasiada contaminación, y eso ocurre porque hay demasiadas chimeneas, escapes, aerosoles, plásticos, incendios, talas. Hay demasiado combustible fósil quemándose. Hay demasiada energía liberada para hacer funcionar fábricas, oficinas, automóviles, aviones, hornos, ascensores, trenes, tanques de guerra, submarinos. Hay demasiado consumo, y eso provoca que haya demasiados desechos. Hay demasiada basura en el mundo, tanta que muy pronto ya no sabremos qué hacer con ella.

Hace unas semanas se fabricó en Japón el teléfono móvil número cuatro mil millones. O sea: 4.000.000.000. Hay tres mil millones de celulares operativos en el mundo, y hay otros mil millones que ya son chatarra. Los que saben opinan que más del ochenta por ciento de esos teléfonos en uso quedarán obsoletos y serán sustituidos por otros más modernos en los próximos dos años. Es decir que a mediados del 2009 habrá unos dos mil quinientos millones de teléfonos celulares en desuso, más otros cuatro mil millones en uso. Demasiados.

En los celulares hay, además de plástico, vidrio y cerámica, otros componentes menos visibles pero más peligrosos: cobalto, litio, hidróxido de potasio, compuestos de cobre, bromo, cadmio, cromo, plomo, etc. La pregunta que salta a la vista es qué hacer con todas esas sustancias que, en cada teléfono, ocupan una parte insignificante de su peso y su volumen, pero que al multiplicarla por tres o cuatro mil millones termina siendo un riesgo demasiado real.

Tan real que las Naciones Unidas, a través del llamado Convenio de Basilea para el Tratamiento de los Residuos Peligrosos, ha creado un grupo de trabajo destinado a estudiar “el problema” de los teléfonos móviles. En agosto del año pasado ese grupo emitió una serie de recomendaciones para ayudar a los gobiernos a lidiar con el tema. Uno lee las propuestas de los expertos y no sabe si reír o llorar.

En todos los ámbitos pasa lo mismo. Decía Gabriel Zaid hace ya años en su ensayo “*Los demasiados libros*”, que a medida que aumenta la población universitaria en Europa, no aumentan los que leen sino los que quieren ser leídos. Sí, hay demasiados libros: se publican más de un millón de títulos al año en el mundo. Sólo en España, en 2006, hubo más de 15 mil novedades. O sea unos 40 libros nuevos por día, en tiradas que oscilan entre los quinientos ejemplares y los cien mil ejemplares. Pero esos demasiados libros sólo están en el menú cultural de un reducido grupo de seres humanos: los que saben leer y tienen, además de la instrucción adecuada para hacerlo, el tiempo y el dinero necesarios.

Este desborde generalizado de mercancías, bienes y servicios, provoca la ilusión de la democratización del consumo. Hay demasiados sedientos en Haití, por ejemplo. Pero allí es más fácil conseguir un teléfono celular que un litro de agua potable. Es verdad que alguna gente en esa atormentada nación necesita utilizar celulares, pero también es verdad que todos necesitan agua para beber. El espejismo de la satisfacción convierte con gran rapidez a los ciudadanos en meros consumidores, y casi siempre en consumidores de chatarra.

Hay una demasía que, como todo en el imperio de la globalización, es profundamente desigual. Mientras que un puñado de países industrializados consumen las tres cuartas partes de la energía total en el mundo, hay miles de millones de personas que no consumen nada: no contaminan la atmósfera por la sencilla razón de que no tienen con qué hacerlo. Para ellos, en muchas partes de Asia, en casi todo el continente africano y en buena parte de América Latina, la vida se limita a conseguir comida, a encender el fuego para calentarse, a caminar para ir de un lugar a otro. Y a esperar. Bien puede decirse que esperan desde hace ya demasiado tiempo.